

“El ángel avaro” y Cela en la “Mazurca para dos muertos”. Pero lo que realmente llama la atención es su supervivencia como superstición o creencia profundamente arraigada en zonas de Bolivia, Argentina y Estados Unidos.

En esta recopilación de artículos hay lugar también para el análisis de la simbología sexual de algunos términos a partir de la poesía erótica de Jerónimo de Barrionuevo; en concreto, del villancico glossado “El codico me arde, madre,/ madre mía, el codo me arde”, basado en el equivalente cobdo = coño. Ese mismo sentido erótico se emplea, o por lo menos se insinúa, en obras de cariz muy diferente, como el *Libro de refranes*, de Pere Valles; la *Philosophía vulgar*, de Mal Lara; el *Vocabulario de refranes*, de Correas; las *Sentencias filosóficas y morales*, de Luis Galindo y recopilaciones de canciones y romances de los siglos XVI y XVII.

Calderón aludió y reprodujo unos pocos versos, en su comedia *Céfalo y Pocris*, de una “oración del peregrino” de la que no se decía mucho más. Sin embargo, gracias a una serie de versiones documentadas en diferentes provincias españolas (Navarra, Segovia, Salamanca, Extremadura, Canarias), podemos si no recomponerla, tener idea de cómo pudo ser. Es posible, según afirma Pedrosa, que Calderón conociera algunas de las versiones trucas y por ello se conservara así.

Otra canción popular recreada por autores cultos, conservada en diferentes versiones se ha mantenido hoy día, es la conocida como *El amor forastero*. En ella, la veleidad del soldado se simboliza en un amor que no dura más de una hora. Gonzalo Correas lo recogió en su *Vocabulario* y con alguna variante lo empleó Calderón en *El alcalde de Zalamea*, y Andrés de Claramonte en *El valiente negro en Flandes*. Es también un tema abundantemente recogido en la tradición oral moderna, con variantes en cuanto al protagonista, que puede ser estudiante, marinero o un forastero.

Estas páginas son resultado de la lectura atenta de muchos textos e intenso trabajo de campo, combinación de fuentes literarias “clásicas” con huellas de la tradición oral.

CRISTINA CASTILLO MARTÍNEZ
Universidad de Alcalá

HANS-JÖRG NEUSCHÄFER, *La ética del Quijote. Función de las novelas intercaladas*. Gredos, Madrid, 1999; 122 pp. (BRH. Estudios y Ensayos, 414).

Uno de los temas que más ha cuestionado la crítica es el papel que desempeñan los episodios intercalados en *El Quijote* (el término usado a lo largo del texto es el de función, pero puede ser intercambia-

do por el de pertinencia o el de cometido); por tal razón, al iniciar la lectura, irremediablemente surge la pregunta no sobre la pertinencia de los episodios, sino del texto crítico que los vuelve a colocar sobre la mesa de discusión. Por años, las interpolaciones han capturado el ojo crítico, que fluctúa entre el encomio y la reprobación; este texto se apega a la primera postura.

Neuschäfer conoce bien el estado actual de la cuestión; resume los distintos acercamientos críticos a la misma (además de su estudio sobre la obra, *Der Sinn der Parodie im Don Quijote*, recuerda a los clásicos de la crítica cervantina: Castro, Madariaga, Bataillon, Rosales, Márquez Villanueva, Strosetzki, Zimic, Stegmann y Riley, entre otros) y se adentra en materia para señalar que sólo haciendo evidentes las relaciones temáticas entre la historia central y los episodios se puede deducir el sentido ético de la novela. Desde este punto de vista, otorga reconocimiento a los episodios por mucho tiempo catalogados como poco pertinentes, pero que ahora se valoran de forma singular hasta el punto de no ver sino continuidades entre ambos planos narrativos. El ensayo contribuye así a la revaloración de este aspecto algo desatendido de la elaboración novelesca, al destacar tanto su función estructural como su proyecto ético, pero que está bien acotado, limitado en sus posibilidades de interpretación. El autor demuestra, efectivamente, que los episodios “pertenecen” íntegramente a la novela, y que únicamente meditando alguna sección de la acción principal en relación con el episodio contiguo se puede entender el texto en sus propuestas de comportamiento, que el autor denomina “dimensión ética”; por tal razón otorga a los episodios el estatuto de novelas ejemplares.

Veamos cómo. Durante el entierro de Grisóstomo (I, 14), Marcela pronuncia su conocido discurso sobre el derecho a elegir a quién amar; el corazón no puede responder a todos los requiebros porque sería traicionar sus propios sentimientos. El episodio concluye así con una lección moral y ética sobre la autodeterminación del individuo. Inmediatamente después, las yeguas que pacen a la vera del camino repudian a Rocinante; a su vez, Maritornes repudia a don Quijote y el arriero, amante de la mujer, lo golpea (I, 15-16). En estos dos casos, se trata de una lección paralela que para expresarse utiliza la parodia. El rechazo amoroso tiene tintes trágicos en la intercalación y matices cómicos en la acción principal, pero apuntan al mismo señalamiento ético: no se puede forzar la voluntad en cuestiones sentimentales.

A pesar de que el autor establece desde el inicio que los episodios intercalados son parte integral de la novela, simultáneamente señala que son una ruptura respecto a la acción principal. Cervantes relaciona acción principal y episodios intercalados, pero los separa cuidadosamente estableciendo una relación dialéctica entre ambos; por

ello, al entender esta relación (sopesando ambas perspectivas, notando en qué se relacionan y en qué difieren) se puede comprender la verdadera dimensión ética del texto en su totalidad. Si bien este objetivo parece demasiado ambicioso para cualquier texto (aun más para *El Quijote*), y no agota las posibilidades interpretativas, el procedimiento analítico sí permite alcanzar el objetivo propuesto.

Estas dimensiones éticas, verdadero motivo del ensayo, son resultado de las relaciones entre ambos niveles narrativos por reflejo y equilibrio, por coincidencia y analogía, por simetría y contrapunto irónico que recalcan en la visión del conjunto. Como se demostró en el caso de Grisóstomo y Marcela, los dos niveles narrativos se aclaran mutuamente y cumplen con la consigna neoaristotélica de enseñar y deleitar ya que “los episodios añaden a la acción principal seriedad y profundidad moral; y, por el contrario, es la acción principal la que añade a los episodios credibilidad y calor humano”.

Neuschäfer analiza bajo esta óptica todos los episodios intercalados (los amores de Grisóstomo y Marcela, los enredos de Cardenio, Luscinda, Dorotea y Fernando, El curioso impertinente, la historia del cautivo, el episodio de Ricote y su hija, las aventuras de Roque Guinart, la historia de Claudia Jerónima y el gobierno de Sancho Panza). A manera de ejemplo tomaré el episodio que aparentemente está más alejado de la acción principal, “El curioso impertinente” (I, 32-36).

La analogía entre la historia de don Quijote, el triángulo del “Curioso” y los enredos de Dorotea, Fernando, Cardenio y Luscinda consiste en que todos los casos tratan problemas provocados por cuestión de amores. En las dos primeras historias, la pasión amorosa aunada a la locura desemboca en resultados negativos y risibles (don Quijote) y trágicos (el desenlace del “Curioso”) mientras que, usando la técnica de contraste, la pasión amorosa regida por la razón termina en una solución feliz (la unión permanente de Dorotea y Fernando).

Pero la técnica del reflejo y el contraste se agudiza aun más cuando se comparan los devaneos amorosos del Quijote y el triángulo del “Curioso” ya que se hace evidente que el caballero y Anselmo sufren del mismo tipo de locura: desean someter la realidad a su peculiar visión ideal. La misma actitud reprochable de locura, soberbia e idealización de la realidad manifiesta en un caso el entretenimiento y en el otro la enseñanza. Es indispensable notar que todo el proceso está bajo supervisión religiosa por medio del cura, quien al leer “El curioso impertinente”, y dictar una sentencia sobre su contenido, está tratando de convencer a don Quijote de volver a la razón y abandonar su empresa; el destino se decide de manera fructífera si está regido por la razón mesurada y por el reconocimiento de las limitaciones humanas; de lo contrario, se cae en el ridículo o en la tragedia.

Su exposición resulta acertada en su procedimiento y en la dirección elegida, aunque no sea tanto innovación cuanto buen análisis de opiniones sostenidas por Entwistle, Moore, Salcedo, Becker, Immerwahr, Parker, Sánchez Escribano, Campana, entre otros. El ensayo se lee con gran fluidez, tiene una estupenda claridad expositiva y conoce sus límites. Se trata de una buena síntesis del estado de las discusiones sobre coherencia estructural y sentido ético en *El Quijote* y por ello un buen inicio para el estudio más pormenorizado de la novela.

HUMBERTO GUERRA

JAVIER GUIJARRO CEBALLOS (ed.), *Humanismo y literatura en tiempos de Juan del Encina*. Universidad, Salamanca, 1999; 446 pp. (*Acta Salamanticensia. Estudios Filológicos*, 271).

Se presentan bajo este título las memorias del congreso internacional (Salamanca, 1996) que conmemoró el quinto centenario del *Cancionero* de Juan del Encina; el objetivo es integrar la obra lírica y dramática del fundador del teatro español en su ámbito cultural, histórico y poético; su cualidad principal se debe al equilibrio entre las ponencias que se ocupan de ambos géneros, pues la obra poética de Encina es una materia frecuentemente olvidada. Los artículos abarcan varios campos, desde la explicación de motivos extratextuales para el cancionero y la obra religiosa, hasta la descripción del trabajo editorial que el autor llevó a cabo, y por el que se le considera precursor en la difusión de la poesía mediante la imprenta.

En el libro se presenta, por ejemplo, un análisis detallado de las estructuras métricas, sintáctico-semánticas, estróficas, de acentuación y versificación en los villancicos de Encina, y de los recursos retóricos de las "Coplas de la muerte". Los artículos más destacables se ocupan de *La Tribagia* o *Viaje a Jerusalén*, obra lírica en la que Encina altera el orden cronológico de la Biblia para describir su viaje personal. Lina Rodríguez Cacho ("El viaje de Encina con el marqués") opina que la *Tribagia* o viaje de la sinceridad (título que, después de su análisis, pp. 163-181, resulta muy irónico), parece ser la consecuencia de un cambio espiritual profundo, cuya génesis puede ubicarse cronológicamente cuando Encina se ordenó sacerdote en 1519 y decidió viajar a Jerusalén a decir su primera misa.

Sin embargo, hay una fuerte contradicción, pues Rodríguez y Javier San José Lera ("Juan del Encina y los modelos exegéticos en la poesía religiosa del primer renacimiento") sugieren que la poesía religiosa de Encina obedece a la fastuosidad técnica y no a la expresión